

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



PROPAGANDA

EL VALS
DEL AMOR

203

Lya Naro

50 cts.



ZELNIK, Friedrich



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO DISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Telef. 15881

.....

El Vals del Amor

(DAS TANZENDE WIEN, 1922)

Finisimo asunto, interpretado por

LYA MARA y BEN LYON



EXCLUSIVA DEL

Selecciones Capitolio

DE

S. Huguet, S. A.

Provenza, 292

BARCELONA



El Vals del Amor

.....
Argumento de la película
.....

Nuestra historia tiene por marco la maravillosa Viena, emporio de la música que llega al corazón.

El poeta cancionero Richter, relativamente joven aun y siempre alegre, es decir, contento de su suerte, aunque su lira no le daba mucho pan, abominaba de dos cosas: de la música negra y de los nuevos ricos.

La música de las regiones salvajes le ponía frenético, y los nuevos ricos, con sus imbecilidades de inexpertos acaudalados, le ponían la sangre verde.

El alma exquisita de Richter no podía soportar la estulticia de la mayoría de la

gente, y su vida, aunque aparentemente siempre estaba risueño, era un martirio, cuando se ponía a comparar lo que podría ser el mundo con un poco más de sentido común, con lo que era debido a esa falta de sentido común.

Cierta día, paseándose por las calles de Viena, vió, en una plazoleta, donde había numeroso público, predominando los niños y sus acompañantes, a un organillero esparciendo las suaves notas de un vals en el aire, que parecía perfumarse y estremecerse de felicidad, al contacto con la música divina.

Acercóse al grupo de gente y, saltándole el corazón de contento, escuchó religiosamente el programa del viejo organillero, de aquel pobre hombre que difícilmente se ganaba el sustento haciendo arte en la vía pública.

Richter no estaba precisamente bien de fondos por aquellos días, pero quiso premiar el buen rato que el músico ambulante le había hecho pasar, y le dió unas monedas que descansaban en el fondo de su pantalón y que eran, por decirlo así, casi las últimas.

¿Cenaría aquella noche?

¡Bah! ¡La cena! ¡La vil materia! ¡Qué importaba que no cenase, si su espíritu había recibido una bella emoción escuchando al viejo organillero!

Además, si él no tenía dinero, para algo contaba con algunos amigos. Le pediría a uno de ellos un anticipo—a devolver Dios sabía cuándo—y cenaría más o menos bien.

Abandonó la plazoleta, donde el vagabundo continuaba dando vueltas a su organillo, que llevaba suspendido del cuello, descansando sobre su escuálido abdomen, y encaminóse hacia un restaurante-concert, donde se hallaban sus amistades.

Al llegar a dicho lugar de recreo, saludó a diestro y siniestro, pues conocía a casi todos los habituales del mismo, y, dispuestos, algunos de sus amigos, a sulfurarle, para oírle sermonearles acromente, se pusieron en combinación con la orquestina y ésta tocó el más ruidoso charleston conocido hasta la fecha.

Richter dió un salto de tigre al herir sus oídos la música del diablo, y, sin poderse contener, mientras sus compañeros se partían de risa, exclamó:

—¡El mundo está perdido! ¡La música

no es ya un arte... sino una batería de cocina!

Unos nuevos ricos que ocupaban, con lindas muchachas, una de las mesas inmediatas a las de los amigos del poeta, lanzaron insultantes carcajadas, tomando por loco a Richter, pues para ellos la música negra era la más substanciosa, digno complemento de una buena comida; y el cancionero se daba a todos los demonios.

—Sí, chico, sí... El mundo está perdido —le dijo, en plan de burla, uno de sus amigos.

Y Richter, no sospechando la guasa, continuó lamentándose, dirigiéndose al "comprensivo" amigo:

—¡Cuán distinta es a estos ecos salvajes la música de nuestros organilleros clásicos!

—¡Ay, aquellos tiempos!

—Esto es lo que nos ha legado la guerra. Se dice que la música es negra, pero yo me temo que su origen es completamente europeo, un eco de las horribles batallas.

—Soy de tu opinión, chico... A juzgar por el ruido, es música de la Gran Guerra.

Otros amigos, siguiendo la broma, volvieron a ponerse en combinación con la or-

questina, y dijeron al director de la misma:

—Toquen ustedes algo de Strauss al compás de charlestón.

El director sonrió. ¡Buena la iban a hacer! ¡Cómo se pondría el poeta! Dió órdenes a sus músicos, y a poco el gran Strauss se veía ignominiosamente burlado convirtiendo uno de sus famosos bailes en epiléptico charlestón.

Richter, como buen conocedor de la buena música, se dió cuenta al momento de la herejía cometida por la orquestina, y mientras, viendo su furor, los demás se reían, él gesticulaba, como si se hubiese vuelto repentinamente loco:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Esto es el caos!

Las risas aumentaron, y Richter, al sorprender a alguno de los que se decían amigos suyos, riéndose como perfectos idiotas, les echó en cara su pobreza espiritual:

—¡Sois indignos de vivir en la patria de Mozart y de Schubert!

Y se oyeron estas o parecidas exclamaciones:

—¡Hay que vivir, Richter, hay que vivir!

—¡La vida es un sueño, caro amigo!

Y recalcaban lo de caro.

—¡No todo ha de ser melancolía!

El poeta no pudo permanecer un minuto más en aquel infierno. Se mesó los cabellos y mientras se acercaba a la puerta del establecimiento, para desaparecer presto, murmuraba:

—¡Me volvería loco, loco!

Ya en la calle, el aire lo calmó un poco, y lentamente también, fué recordando lo sucedido; y era tal la indignación que le causaba todo lo que se llamara charlestón, black-bottom y compañía, que, obsesionado por su propia indignación, se puso a bailar a lo Josefina Baker, mascullando improperios contra los importadores de la deshucada danza.

—¡Pero si esto es lo que hace un perro si le queman la cola!—se dijo, cesando de bailar y hundiéndose el sombrero hasta las orejas, para no verse ni a sí mismo.

Pero como seguía andando, y no era caso de tropezar con alguien, y menos con un guardia, en razón de las confusiones a que podía dar lugar su caminar a ciegas, volvió a colocarse sobre la cabeza el sombrero, y avanzó sin rumbo fijo.

¿A quién acudiría en demanda de ayuda para cenar aquella noche?

De pronto, vió otro grupo.

Acercóse, para curiosear, y presencié una escena que le reconcilié con sus semejantes.

¡Menos mal! ¡No todos eran unos insensatos! ¡No todos se dejaban arrastrar por las falsas corrientes modernas de egolatría, desprecupación y falta de sentido común!

He aquí lo que ocurrió:

Un muchacho pegaba brutalmente a un pobre perro que, de tanto pujar de un carrito, no podía ya dar un paso más.

El desalmado se empeñaba en levantarlo del suelo a palos, y la vencida bestia, incapaz de sostenerse sobre sus patas, gemía resignadamente, como si prefiriese esperar la muerte a moverse, siquiera para demostrar que no podía levantarse.

Se arremolinó la gente, pero nadie se atrevía a desarmar al pequeño bruto, quien desoía las imprecaciones que algunos le dirigían.

De súbito, una joven, bella y esbelta muchacha, acercóse al grupo, y, apenas se impuso de lo que ocurría, detuvo el brazo del

muchacho, en el momento que iba a descargarse, con el palo, sobre la indefensa bestia, y díjole:

—¿No te da vergüenza maltratar de ese modo a este pobre perro?

—¡Ocupese de sus asuntos, señora!—respondió agresivo el mal educado.

Pero la noble señorita era decidida, y descargando su suave mano en el rostro del muchacho, insistió:

—¿No te da vergüenza?

El muchacho no era malo, en el fondo; y lo demostró, humillando la cerviz ante la señorita. El bofetón que ella le había dado, le había hecho reaccionar. Por un momento, tuvo la intención de contestar al mismo, de acuerdo con su enojo; mas, luego, reconociendo su error y la razón que asistía a la desconocida para dárselo, calló, y dejó en paz al perro.

La conducta de la agradable joven causó excelente efecto en el público.

Acudió un guardia, cuando su presencia, como fatalmente suele ocurrir, era innecesaria, y la desconocida se vió obligada a dar su nombre, para que el policía pudiera

denunciar al muchacho que maltrataba a los animales.

La joven no estaba dispuesta a perjudicar más al muchacho, cuyo arrepentimiento veía claro, y a que la molestasen llamándola a declarar, y dijo, faltando a la verdad:

—Me llamo... Gertrudis Kartoffelia.

Richter, que había presenciado aquella escena en silencio, admirando a la desconocida, palideció al oír que se llamaba de aquel modo; y se dijo, asombrado:

—¿Cómo es posible que, siendo tan bonita, se llame Kartoffelia!

La supuesta Gertrudis se alejó, camino de su casa, y Richter, después de haberla saludado rendidamente, felicitándola por su loable conducta defendiendo al maltratado perro, la siguió, anheloso de saber dónde moraba tan angelical visión.

Cruzaron calles y más calles, y, al cabo de buen rato de andar, la bella Gertrudis llamó a la puerta de su casa, al tiempo que Richter se ocultaba para que ella no le descubriera.

Apareció un hombre vestido con uniforme de portero de casa noble.

Gertrudis saludóle sonriente y entró.

Seguidamente, antes de que el conserje se alejase a su vez, Richter se le aproximó y le preguntó:

—¿Quién es esa bella niña?

El hombre, que era muy sociable, contestó, orgulloso de poder hablar de ella:

—Es mi graciosa señorita, la condesa Fritzi Zirsky.

El corazón del poeta se ensanchó de alegría.

—¡Dios sea lodo! — exclamó —. No se llama Kartoffelia.

Y siguió su camino... sin rumbo, satisfecho de que, como él lo descara, hubiesen resultado incompatibles el nombre de Kartoffelia y la clara belleza de la condesita Fritzi.

* * *

La condesita era tan gentil como infortunada.

Su gentileza dependía de ella misma; y no así su infortunio.

Este lo labraban sus tíos, nobles arruinados que conservaban aún el orgullo de su familia, y con quienes ella vivía desde la muerte de sus padres.

Los soberbios tíos trataban desconsideradamente a su sobrina, no perdonándole el que su madre hubiese sido una popular cantante de Viena que había logrado que el conde Zirsky se casara con ella.

A raíz del casamiento del conde Zirsky con la cantante, la noble familia alejó de su seno al que de modo tan evidente ofendía la tradición de la casa, cuya trayectoria había sido siempre la unión de la nobleza con la nobleza, sin tener en cuenta, o no queriendo entrar en la consideración de que no es solamente noble quien ostenta un título pomposo, sino también, y con mayor derecho, el que tiene un alma exquisita.

Murió primero la cantante, y años después el conde. Entonces, para evitar que la hija de este desequilibrado matrimonio—desequilibrado en opinión de los altivos parientes—siguiese el camino que hizo famosa a su madre como artista, los tíos la adoptaron; y desde aquella fatídica fecha, la condesita no vivía, sino que sufría, esperando el momento de libertarse del yugo a que estaba sometida.

Ese momento llegaría cuando llegase el amor, cuando un hombre despertase su co-

razón y, apiadado de ella, la arrancase a la infelicidad, para conducirla al bienestar que tanto merecía por sus virtudes a toda prueba.

Al llegar, aquel día, a su casa, fué recibida, por su tía, con un sermón, como los que le echaba a menudo por la más insignificante futilidad:

—Llegas con retraso otra vez... como siempre.

Humildemente, Fritzi repuso:

—La razón es que un muchacho...

—No me interesa saber la razón. Siempre encuentras un motivo para disculparte.

—Le aseguro a usted, tía...

—¡Silencio! No puedo consentir que llegues tarde a las horas de comer. Nuestra pobreza actual nos obliga a observar la etiqueta, que es lo único que nos queda. Y la hora de la comida es sagrada.

—Bien, tía... Procuraré...

—No se trata de procurar, sino de cumplir, sin atenuantes.

Iba a empezar la comida.

Los nobles y ridículos tíos esperaban que el criado les anunciase que la mesa estaba servida, y su impaciencia no se prolongó,

pues el servidor era tan leal como listo...

Era este, Constantino, el último vestigio de los esplendores de los Zirsky. Desde hacía muchos años asumía en la casa todos los cargos domésticos, cobrando poco... o no cobrando... y trabajando como un negro. Cuando fué a abrir la puerta a la condesita, púsose la casaca de portero, y al regresar a la cocina, para servir la mesa, despojóse de la casaca de conserje y se puso en su lugar una chaqueta corta, de camarero.

Ya sentados a la mesa, los tíos y la condesita, el enciclopédico criado se colocó detrás de ellos, atento al menor deseo de sus señores, como en los buenos tiempos en que les escanciaba los mejores vinos y les traía numerosos platos.

Aquellos años habían pasado ya, desgraciadamente, y sólo se veía sobre la mesa un plato de verdura y otro de embutido, como cosa corriente, ya que los actuales recursos no daban para más.

La condesita, cuyo apetito era un enemigo terrible del pobre menú, callaba su pesar, pero, francamente, estaba de embutido hasta la coronilla.

Aquel día, habiéndose hecho la ilusión de

comer otra cosa, tuvo un gran desencanto al ver el sempiterno embutido, y se lo quedó contemplando como quien dice: "Lo que nos conocemos tú y yo, sin cansarnos, ¿eh?"

La tía, indignándose, la riñó severamente:

—Quita tus codos de la mesa. Con tu conducta nos afliges recordándonos tu origen...

Fritzi obedeció, dolorida; y el tío, para apoyar las palabras de su consorte, dijo por su parte a la infeliz muchacha:

—Mi hermano cometió la mayor torpeza de su vida casándose con una cantante.

La condesita esforzóse por callar, pero esta vez no pudo hacerlo, y, muy digna, dijo a sus tíos:

—Les ruego respeten la memoria de mis padres..., o me veré obligada a dejar a ustedes.

Los altivos arruinados se miraron sorprendidos, y, para no llevar las cosas a un extremo que no convenía a ninguna de las partes, optaron por no contestar a Fritzi con palabras, limitándose a dirigirle furibundas miradas de reconvención por la amenaza de abandonarles.

Y cambiaron el tema de la conversación, diciéndole el tío a la tía, con patentes muestras de protesta:

—A propósito, ¿te has enterado de que el palacio Gonzague, inmediato al nuestro, ha sido puesto en venta?

—Sí, algo oí sobre eso... Es vergonzoso que Fred Gonzague no se haya preocupado de pagar las hipotecas con que sus padres gravaron la finca, y consienta en que se venda.

Fritzi no escuchaba a sus tíos. Con el embutido que la pusieran en el plato, había confeccionado una especie de cara de muñeco, y se reía como una chiquilla, aunque por lo bajo.

Así y todo la tía advirtió lo que la sobrina hacía, y, de nuevo, se metió con ella:

—No te burlarías de ese modo de nuestras comidas, si tuvieras que procurar por tu manutención.

¡Oh, siempre la misma canción! ¡Siempre le sacaban a relucir lo que comía, a pesar de que la comida era cada día tan escasa y tan poco alimenticia!

¡Señor, qué martirio! ¿Hasta cuándo duraría?

¡Ah! Muchas veces pensó en huir de aquella casa, para no oírse repetir que era una carga, pero no se decidió nunca. ¿Adónde iría? Vacilaba... No la habían educado lo bastante para saber vivir por sí sola, y



... y se reía como una chiquilla...

aunque creía que si se viera obligada a ello saldría adelante, no se determinaba de una vez a romper las cadenas que la ataban a una existencia sin sol.

Pero... tantas veces va el cántaro a la fuente...

Es Nueva York la tierra de los voluntariosos. El esfuerzo personal, el noble espíritu de ambición hace de un hombre miserable e insignificante, uno de los ídolos de la riqueza.

Fred Gonzague era uno de esos. Empezó como vendedor de periódicos y en la actualidad dirigía el famoso rotativo "Morning Post".

Para salvar esa gran distancia, para verse elevado a las altas cumbres de una buena posición social, realizó prodigios heroicos, trabajó como un negro, sin diversiones ni fiestas de ningún género, atento únicamente a la consecución de su ideal. Y fué elevándose poco a poco, cada día más, extendiendo su radio de acción hasta convertirse en el director de uno de los más importantes diarios americanos.

Aquella noche recibió en su casa la visita de su secretario para darle cuenta de las incidencias que hubieran podido ocurrir en la redacción. Fred llevaba unos días sin comparecer por el periódico a causa de una ligera indisposición.

Después de enterarse, de modo general,

de los principales asuntos, dijo al secretario:

—¿Ha visto usted a mi hijo?

—No, señor. Hace dos días que no se ve a Johnny en la oficina.

—¡Demonio de chico! No habrá modo de hacer carrera de él.

El secretario movió los hombros con gesto de duda. Demasiado sabía que Johnny gustaba más de las diversiones frívolas que de la vida dura del despacho.

Fred arrugó el entrecejo. Le preocupaban las ligerezas de su hijo, un buen muchacho sin duda, pero uno de esos espíritus que no toman la vida en serio.

¿Qué hacer de él? ¿Cómo obligar a sentar la cabeza a aquel calavera simpático, de atractiva sonrisa y palabra afectuosa?

Johnny era, en efecto, todo esto y aun más. Y era además tan buen hijo que mientras cantaba en los cabarets la alegría del vivir, reconocía deber la felicidad al dinero de su padre.

Enamorado de los bailes modernos, tocaba gratuitamente, por capricho, el saxofón, y se unía a las orquestas para alborotar el ambiente con este instrumento moderno,

Su alma joven y alocada había encontrado un motivo de felicidad al convertirse en improvisado músico de aquellos centros de moda.

Seguramente no hubiera realizado aquello por necesidad, mas como placer le parecía delicioso.

Y la gente, rendida por la simpatía de aquel "snob", le aplaudía tarde y noche en los cabarets, viéndole alternar los bailes y el saxofón.

Producto de estos devaneos, era la reiterada falta de asistencia al despacho paterno y que Fred viera con disgusto que el muchacho carecía del hábito de la constancia.

Fred pareció evocar con melancolía toda esta vida de su hijo y luego despidió al secretario hasta el siguiente día.

Quedó largo rato meditabundo pensando en la necesidad de imponer a Johnny una línea nueva de conducta.

Una hora después Johnny se presentó ante su padre con su eterna alegría de optimista. Acababa de llegar de uno de sus cabarets favoritos y aun tarareaba la última canción en boga.

—¿Cómo va eso, papá?

—Muy bien, Johnny... pero irá mejor cuando te decidas a ser del todo formal.

—¿Tan disgustado estás conmigo, papá?

—No poco... y quiero acabar con ello. A propósito, lee el cablegrama que acabo de recibir de Europa.

Johnny tomó un papelito azul y pasó sus ojos por las breves líneas:

Palacio Gonzague de Viena en venta.

Herman.

—¿Quién es ese Herman, papá?

—Un antiguo amigo de mi familia.

—¿Y qué vas a hacer?

—Mira, precisamente, esta es la ocasión que yo esperaba para poner término a tus extravagancias musicales.

—¡Papá!

—Te voy a mandar a Viena con el encargo de recuperar el palacio Gonzague, pues tengo el deber moral de impedir que pase a manos extrañas.

—¿Yo a Viena? No, papá.

Y comenzó a hacer movimientos de protesta como si acabase de escuchar una herejía.

¿Ir a Viena, a Europa, a la aburrida Europa? ¿Abandonar la hermosa Nueva York con su cortejo de fiestas, con sus cabarets donde tocaba el saxofón y se bailaba? De ninguna manera.

Pero el padre insistía cariñosamente.

—No vaciles... En Viena la vida es bella.

—Como la de Nueva York no será...

—Tal vez más... pero de otro modo, con mayor delicadeza... Por encontrarla yo tan irresistible es por lo que mis padres me obligaron a alejarme de ella cuando era como tú...

Y cerró los ojos con dulce melancolía como si recordase aquellas épocas felices de su juventud, antes de llegar a los Estados Unidos y verse convertido en humilde vendedor de diarios.

También Fred había hecho lo suyo. También había sabido convertir la vida en paraíso de amor, de placeres... Pero luego, obligado por las circunstancias, olvidó por entero aquella vida europea para dedicarse únicamente a la elaboración de su porvenir.

Fred se levantó y murmuró con suavidad:

—Viena es una ciudad de alegría, de ele-

gancia, de arte... Su música llega al corazón...

Y llegando ante el aparato de radio, buscó las lejanas ondas que pudieran transmitirle algún concierto vienes.

Y momentos después lograba ponerse en comunicación con la emisora vienesa que en aquel preciso instante estaba transmitiendo el vals arrullador, delicioso, de "La Viuda Alegre".

—¿Oyes?

—¡Preciosa música!—respondió Johnny.

Y durante unos minutos el alma de Viena penetró en sus almas enviándoles el maravilloso perfume de su suave melancolía...

—Eso es Viena... Parece su símbolo—dijo el padre, emocionado—. ¿Y no quieres ir allí?

¡Ah! ¿Qué música vienesa podría vencer la resistencia de Johnny, con más probabilidades de éxito, que la de "La Viuda Alegre" que la "radio" transmitía casualmente?

Se sintió Johnny contagiado de aquella emoción y olvidando todas sus anteriores protestas, dijo con voz decidida:

—¡Iré a Viena en el primer vapor!

—¡Gracias, hijo mío! No podía esperar

menos de ti... También te venció la música... como a mí.

Y tuvo que limpiarse unas lágrimas de ternura mientras seguía escuchando con profunda delectación aquellas notas suaves que desde Viena, atravesando el mar, parecían ir a la conquista del mundo.

Luego, más sosegado, le dijo:

—Un consejo, hijo mío: nuestros primos los Zirsky, envenenaron mi juventud. Es mi deseo el que no tengas el menor trato con ellos.

—Bien, papá—respondió Johnny con un gesto de indiferencia.

Y siguió prestando atención a la música que se iba apagando suavemente, como un suspiro de amor...

* * *

Pasaron las semanas...

Johnny había llegado a la legendaria Viena y en pocos días arregló el asunto de la venta de aquel palacio.

Se pagaban las deudas y gravámenes que pesaban sobre aquella finca, y el magnífico palacio quedaba de nuevo libre a disposición de los Gonzague por si éstos tenían

un día el capricho de pasar allí temporada.

Johnny, espíritu moderno, quería dar a la espléndida casa un "cachet" de modernidad, quitándole la mayor parte de lo vetusto y arcaico que allí dentro se amontonaba de modo asombroso.

Vendió muebles viejos, cuadros de pinturas ya descoloridas, enormes como lienzos de pared, alejó de allí todos los cachivaches que le parecían insignificantes.

Poco entendía Johnny de arte antiguo al que no daba demasiada importancia, y amaba las cosas modernas, pintorescas, ligeras, como la mayoría de las cosas de su país...

La casa de los Zirsky estaba situada junto al palacio de los Gonzague.

Un día, los Zirsky y su sobrina Fritzí veían desde sus ventanas el traslado de cosas venerables y de soberbias pinturas que Johnny hacía quitar de la finca.

—¡Ese sobrino de América está cometiendo la herejía de vender los retratos de sus antepasados!—dijo la tía con voz temblorosa de indignación.

—¡Parece mentira! Esa gente de allá, de América, no tiene respeto a nada.

—¡Gente advenediza! ¡Hombres máquinas!

Los tíos se apartaron con desdén de la ventana.

Johnny acababa de aparecer en el hueco de una de las suyas. Acodado en el alféizar, miró sonriente la casa vecina y al ver a Fritzi no pudo reprimir un gesto de admiración.

¡Ah! No ignoraba él que allá vivían aquellos primos tan odiados de su padre y con los cuales le había éste recomendado un absoluto aislamiento. Pero, ¡caramba!, aquella chiquilla no se merecía un desprecio ni mucho menos. Se trataba de una criatura de belleza admirable.

La contempló con dulce interés y la saludó con una leve inclinación de cabeza.

Fritzi, que no conocía aún a aquel primito de América, correspondió igualmente al saludo, envolviendo a Johnny en una de esas interesantes miradas de mujer que electrizan, que son imán, que fascinan...

Sus sonrisas se cruzaron, el fulgor de sus miradas pareció crear una corriente eléctrica...

Cuando Zirsky se dió cuenta de que la

joven se "timaba" con el odiado vecino, la obligó a dejar la ventana y la dijo, severamente:

—¿Puede haber mayor osadía? ¡Te prohibo terminantemente que vuelvas a mirarlo!

—Pero... me parece que un saludo...

—Ni un saludo siquiera, ¿estamos?

La joven alzó los ojos al cielo con melancolía. ¡Ah!, ¿y siempre tendría que aguantarse, que callar, que mantenerse dócil a la severidad y a la tristeza de aquel ambiente de su familia?

Por no promover cuestiones, se retiró de la ventana...

Una hora después volvió al saloncito que daba a la calle. Se sentía aún saturada de la mirada de aquel muchacho de América que sabía era primo suyo.

Y como llevada de repentina inspiración, avanzó hacia el piano y sentándose ante él se puso a tocar una canción americana.

Parecía aquello como un saludo, como un mensaje de bienvenida al hombre de la otra parte del mar.

Johnny volvió a asomarse a la ventana y sonrió emocionado al escuchar las notas de piano que tocaba la condesita.

Vió a la bella joven acariciar nerviosamente el teclado y sintió una vivísima alegría pareciéndole que ella le rendía homenaje con aquel ritmo típico de América.

Johnny, por corresponder a aquella fineza, creyó de su deber contestar también de parecido modo, y cogiendo el saxofón que se había traído de Nueva York como un buen compañero de viaje, atacó con él las notas de una canción vienesa.

Ella volvió la cabeza agradeciendo a su primo la atención. Y era de oír la confusión y el estrépito musical que producían los dos instrumentos a la vez, de modo especial el saxofón, que con su ruido metálico y plebeyo lanzaba los delicados sonos de la música vienesa, hecha de seda y de amor...

Hubiera aquello continuado largo rato, a no ser que Fritz oyó pasos y ante el temor de ver aparecer a sus tíos armando un alboroto, dejó de tocar el piano y después de volver a sonreír al vecino galán, fué a ocultarse en su habitación.

Johnny siguió tocando el saxofón... cada vez más atraído hacia la dulce vienesa.

* * *

Johnny no tenía prisa alguna en regre-

sar a los Estados Unidos. Le atraía la estancia en Viena donde no faltaban cabarets ni motivos de satisfacción para hacer amable la estancia del viajero más aburrido y hostil.

Había también música americana, endemoniados jazz-bands, estupendas bailadoras de charleston, de blak-bottom, de todas las danzas importadas del Africa... de donde antes sólo venían fieras...

Además, la presencia de su vecinita era motivo para que permaneciese en Viena.

Había ido viendo algunas veces a Fritz, pero siempre a hurtadillas, cual fugitiva visión, sin haber tenido nunca ocasión de cambiar unas palabras.

Allá en Nueva York el padre de Johnny había recibido de éste el siguiente telegrama:

Viena me entusiasma. Johnny.

Este laconismo expresivo pareció preocupar hondamente al señor Gonzague.

—¿Qué opina usted de ese "entusiasmo"?

—dijo a su secretario.

—Muy sencillo. Eso dice claramente que su hijo está enamorado—contestó con decisión.

—¿Usted cree?

—Pondría la mano en el fuego.

Fred tuvo como un presentimiento. Le pareció que su hijo estaba en peligro de naufragar en los mares del amor. Tuvo la sensación de que no eran "flirts" únicamente lo que obligaba a Johnny a encontrar a Viena preciosa, sino algo más serio.

Era preciso librar a su hijo del peligro.

—Haga reservar dos camarotes en el próximo vapor que salga para Europa—le dijo, con el gesto decidido del hombre de negocios, al secretario.

Este abrió unos ojos tamaños ante el inesperado viaje, pero nada objetó.

Y días más tarde embarcaban ambos para el Viejo Mundo, sin comunicarlo a Johnny.

Y éste, ajeno por completo a los temores y al viaje paterno, seguía distrayéndose de lo lindo en la capital austriaca.

Durante unas semanas pareció abandonar por completo su mudo idilio con Fritz.

Pasaba la mayor parte del tiempo en los cabarets donde su prodigalidad le había captado numerosas simpatías.

Y Fritz llegó a sospechar que su primo

de América había partido ya para su tierra...

Una tarde se hallaba ella en el jardín con su tía. También ésta creía que Johnny había embarcado ya para Nueva York...

Las dos mujeres estaban sentadas en el jardín gozando de la dulce temperatura de la estación.

De pronto, una rosa vino a caer en la falda de la tía... Esta miró extrañada a su alrededor, no haciendo, sin embargo, caso de lo ocurrido, creyendo que la flor se había doblado de súbito.

Otra rosa, dirigida esta vez con mayor puntería, cayó en las manos de Fritz.

La tía, que habíase enfrascado en una labor, no vio esta segunda ofrenda.

Levantóse la condesita, con la rosa entre las manos, aspirando su dulce perfume, y una bella sospecha anidó en su alma...

¿Si sería él?...

Avanzó hacia el muro de vegetación que separaba las dos fincas.

Apartó con sus manos el tupido ramaje dejando libre un hueco por donde podía mirarse perfectamente el jardín vecino.

Era, efectivamente, Johnny el que estaba allí y quien había dado las flores.

—¿Le gusta esa rosa?—preguntó él.

—Mucho... Es muy bonita.



... cayó en las manos de Fritzi...

La tía estaba bastante lejos, entretenida en su labor y nada podía oír desde allí de la entrevista entre los dos muchachos.

—Estoy orgulloso de tener una primita tan primorosa—dijo él, riendo.

—Y yo estoy encantada de tener un primo tan agradable—contestó Fritzi con el mismo alegre tono.

Johnny vió a lo lejos a la señora Zirsky y a su marido que acababa de llegar y estaba leyendo un libro.

—¿Esos son tus padres, primita?—preguntó, tuteándola ya.

—¡No, por Dios! Son mis tíos... y te los regalo.

—¿Tan descontenta estás?

—¡Si supieras!

Dejóse oír en aquel instante la voz severa de la tía que gritaba:

—¡Fritzi! ¡Fritzi!

—Adiós, primito... y te repito mil gracias por la flor.

—Tengo muchos deseos de hablar contigo largo tiempo... para decirte una porción de cosas.

—Me parece que será un poco difícil...

—¡Quién sabe, primita!

Pero ya la muchacha corría en dirección de sus severos tíos y se reunía de nuevo con ellos.

Su tía le recordó que aquella noche estaba Fritzi invitada a una cena en casa de una

familia amiga, una gente cargada también de títulos de abolengo, pero sin dinero...

Ella lanzó un cómico suspiro... Iría a arreglarse... Le producía disgusto tener que cenar con aquella gente... mas no podía rechazar la invitación.

* * *

Deseoso de volver a verla, el poeta Richter curiosaba frente al castillo de la gentil condesita Fritzi...

Admiraba a aquella muchacha de tan nobles sentimientos y sentía el anhelo de volver a trabar conversación con ella.

Le inspiraba una verdadera y dulce amistad que su alma de artista revestía de poético ropaje.

¿Querría el destino que volviese a ver a tan bella criatura? Y como el destino tiene a veces el capricho de favorecer a los poetas, Fritzi salió a la calle en aquella ocasión.

La muchacha marchaba a la casa amiga que la invitara a cenar y se detuvo de pronto ante el correcto saludo que le rendía un desconocido.

—Lindísima condesa, ¿me reconoce usted?—dijo el poeta, humildemente.

—No...—respondió, vacilante.

—¿Y de perfil?—continuó, volviendo la cabeza.

Ella creyó recordar.

—¡Ah! Es usted el que toca el banjo en el jazz del Claridge, ¿verdad?

—¡Dios mío!... No tal... Soy Richter, el cancionero vienés.

—¿Usted el cancionero? Me lo imaginaba a usted un anciano... y le felicito por no serlo, ni mucho menos.

—Gracias, condesita... Pero ¿de veras no se acuerda de mí? ¿Y si yo le dijese?...

Y entonces evocó las incidencias de aquel día en que ella recriminara al muchacho que maltrataba a un perro...

Fritzi recordó entonces. Y le acogió afectuosamente, con grandes muestras de amistad.

El poeta, que sólo sentía por aquella criatura una ternura de artista, se emocionó ante la sencillez y afecto con que ella le trataba y mostróse elocuente en sus palabras, en su conversación...

Los dos anduvieron largo rato juntos. Y de pronto él, en un arranque de audacia, invitó a cenar a la bella condesita. ¿Querría

aceptarle aquella prueba de la pura y verdadera amistad que le profesaba un poeta?

Fritzi se había sentido halagada y complacida por la charla amena y delicada de aquel artista, y sin pensarlo mucho aceptó la invitación. Al fin y al cabo era mucho más agradable estar con este nuevo amigo, de corazón tan sincero y puro, que en la compañía de aquella familia apergaminada y caduca.

Se dirigieron a un restaurante, frecuentado por artistas que habían hecho de él un nido.

Nunca el dinero fué demasiado amigo del poeta Richter y ahora estaba precisamente sin blanca. Pero estaba seguro de encontrar algún amigo que le prestara unos billetes para salir del paso.

Entraron en el comedor y Richter dejó instalada a su amiga en una de las mesas del fondo.

Se dirigió inmediatamente a las mesas donde acostumbraban reunirse sus camaradas, para darles un "sablazo".

Estaban varios amigos que le acogieron con cariño.

—¡No cabe en mi pecho la felicidad que

el cielo me ha enviado!—les dijo—. ¡Esta noche cenó con la más bella muchacha de Viena!

—¡Muy bien, Richter, admirable!—le respondió uno de ellos—. Pero ¿ya sabes que eso costará mucho dinero?

—¿Puedes prestarme un par de billetes?—dijo, riendo, el poeta.

—Vaya, ya salió aquello... Toma, para que no quedes mal.

Provisto del dinero que le iba a salvar del compromiso, Richter se dirigió hacia un camarero y le dijo:

—Suprime del "menú", como "completamente liquidados", todos los platos de lujo... y no dejes en "servicio activo" más que el rosbif con patatas.

—Bien... comprendido.

Volvió Richter a la mesa donde la joven esperaba con gran complacencia la ocasión de realizar una buena comida.

Acercóse el camarero y entregó a Fritzi el menú de donde habían sido borrados casi todos los platos.

—Recomiendo a la señorita el rosbif... especialidad de la casa.

—Pues traiga rosbif.

Para ella aquel plato significaba un manjar exquisito para el paladar de un dios.

Otro camarero llegóse a la mesa y dijo:

—Como bebida, para la señorita, nada mejor que el champaña.

Un fortísimo pisotón que le diera el poeta le hizo comprender que había metido... el remo, y marchando prestamente, volvió a poco con una botella de vino corriente.

La cena transcurrió agradabilísima para los dos. A ella le pareció de perlas la comida... y a él le sucedió otro tanto... ¡Se daba tanta importancia con tan espléndida invitada!

Después de cenar, Fritz se levantó y dirigióse al piano... Se sentía extraordinariamente alegre y creyó que la música era el mejor medio de demostrar la satisfacción de su alma.

¡La música y el canto! Comenzó a arrancar notas al piano acompañadas por las suavidades de su exquisita voz de cristal.

El poeta Richter se sentía conmovido... ¡Qué arte el de aquella mujer!

Aquel canto había atraído a toda aquella concurrencia, compuesta en su mayoría de artistas, alrededor de la joven y la escucha-

ban con intensas muestras de viva impresión.

Johnny, que había visitado algunas noches aquel restaurante, acababa de llegar con un grupo de amigos y se sorprendió con extraordinario agrado al ver a la linda primita.

Cuando ella acabó el canto, corrió a felicitarla, estrechando sus manos con efusión.

Fritz mostró todavía mayor alegría que antes... y aquel contento se transmitió a todos, como ráfaga de optimismo y felicidad.

El dueño del restaurante avanzando hacia la joven le dijo:

—Señorita... es usted el vivo retrato de Mizzi Staudinger.

—No es extraño—contestó ella, sencillamente—, pues era mi madre.

El poeta Richter, contento de su éxito, exclamó, dirigiéndose a un camarero:

—Tráeme la cuenta, Bartolo.

—La hija de Mizzi Staudinger no paga en mi casa—se apresuró a decir el dueño.

—Si llego a saberlo antes, hubiese pedido champaña—dijo Richter en voz baja a sus amigos.

—Sirve champaña a todos—dijo el dueño,

complaciente—. Yo lo ofrezco en honor de la hija de Mizzi.

Y se bebió champaña, y se brindó y se pasaron momentos inolvidables...



... corrió a felicitarla...

Luego, Fritz, con Johnny, Richter y otros amigos abandonó el restaurante, dirigiéndose a pasear bajo la dulce luz de la luna, la amiga de los amantes y de los poetas...

Los dos jóvenes iban juntos, diciéndose sin palabras, un poema de felicidad.

Pasaron ante Grinzinger, una cervecería-concert, situada en uno de los parques de Viena... y cuyo pasado fué tan esplendoroso como triste su presente.

A ruegos de la joven, se sentaron en la terraza. Había muy poca gente; tres o cuatro mesas ocupadas.

Aquel grupo nutrido y alegre de artistas rió y alborotó poniendo allí notas de vida.

—Mi madre actuó varias veces en este concert, y aquí conoció a mi padre—dijo Fritz como para justificar que se hubiesen quedado allí.

El dueño del concert iba de un lado a otro, emocionado por tan extraordinaria concurrencia.

En el fondo del local se levantaba el tablado... y apareció sobre él una pareja de cómicos que el empresario tenía contratados para animar algo el lánguido espectáculo.

Era una mujer que figuraba domar a un león, un pobre hombre que, revestido con pieles del rey del desierto, hacía tristes piruetas por el escenario.

Aquello era triste. Se adivinaba en la

domadora y el supuesto león una vida de amargura y de derrota.

Acabó la representación y el dueño del concert avanzó hacia Fritzzi y le dijo:

—¡Por todos los dioses del Olimpo! ¡Pero si es Mizzi Staudinger!

—Soy su hija.

—¿Es igual que ella!

Y el hombre la miraba con entusiasmo.

—¿Cómo va el negocio?—preguntó Fritzzi con interés.

—Con Mizzi Staudinger desapareció la prosperidad de este establecimiento — respondió con melancolía.

La joven meditó unos momentos y luego agregó:

—Le agradezco en el alma los elogios que dedica a mi madre y para demostrarle mi gratitud, mañana vendré a cantar aquí.

Esta proposición fué recibida con inmenso entusiasmo por todos, especialmente por el dueño del concert.

Iban a salir...

Fritzzi vió a Constantino, el criado de su casa y una gran sorpresa se reflejó en su semblante.

—¿Qué hace usted aquí, Constantino?

—¡Ah, señorita! El león que acaba usted de ver en el tablado soy yo. Las cosas andan mal en casa de sus tíos, mi buena señorita, y como a uno no le pagan siempre... de cordero me convierto en león, a ratos.

—¡Pobre Constantino!—respondió Fritzzi, emocionada—. Si yo fuese rica algún día, le aseguro que todas sus penas se convertirían en alegrías.

—Es usted un ángel, señorita.

—Le recomiendo a usted el mayor silencio cerca de mis tíos... que nunca sepan que me han visto aquí.

—¡Oh, señorita!

Y había en sus ojos el reflejo de la fidelidad.

Los alegres amigos emprendieron el regreso a la ciudad, pero Fritzzi y Johnny se rezagaron unos momentos en las soledades del parque, y en el perfumado silencio oyéronse murmullos de amor.

* * *

Johnny era el hombre más feliz del mundo... y, según él, Viena su más bella ciudad.

¿Por qué la encontraba tan bella? ¿No estaba convencido, allá en Nueva York, de

que como ésta no había ninguna otra capital en la tierra?

¡Ah! Lo creía entonces, pero ahora, no... porque ahora había encontrado en su ruta



... oyéronse murmullos de amor...

de muchacho caprichoso, algo serio, algo que le decía que valía más que todo.

Pero, ¿había aún en el mundo un placer que Johnny ignorase?

No se sabe nunca todo. Siempre queda al-

go por saber, y he aquí que cuando él se imaginaba poseer el secreto de la felicidad, se encontraba con que ésta no se hallaba en las diversiones fáciles que le proporcionaba el dinero, sino en... una mujer.

Acababa de conocer la máxima ventura: el amor.

Amaba con pasión a Fritz y la haría su esposa cuando ella quisiera.

Regresó, saltando como un rapazuelo, al palacio de sus mayores, dispuesto a habitarlo... para estar más cerca de su amada, y al llegar al salón principal se llevó una inesperada sorpresa.

Allí estaba, esperándole con impaciencia, su padre.

Reaccionando prestamente, se dirigió hacia su encuentro con los brazos abiertos y exclamando:

—¿Qué sorpresa, padre!

—¡Ah, grandísimo tunante! — replicó el señor Gonzague, abrazando a Johnny—. ¡Muy contento llegas!

—Tengo que contarte muchas cosas.

—¿Quién te ha hecho prolongar tu permanencia aquí más de la cuenta?

—Hablemos con calma, padre... Tú me di-

jiste que no me relacionase con los primos Zirsky, pero no con...

—¡Me lo figuraba! ¿Amas a Fritzzi Zirsky?

—¡Caramba! ¿Quién te ha enterado?

—Lo supuse... Todo cabía esperarlo de esos primos. ¿No has pensado que hayan podido ser ellos los que te metieron por las narices a Fritzzi para que, casándote con ella, la libraras de su protección, saliendo ganando con ello una carga menos y, con tu simpatía, ayuda material?

—Pero, padre... ¡Si Fritzzi no puede ver a sus tíos!

—Aridides del juego son...

—No lo creas, te lo aseguro...

—¡Yo sé por qué hablo! Escojo entre ella y la renta que pródigamente te he señalado.

—Vamos, padre... Ese aire de seriedad no te favorece, y te aseguro que cuando veas a Fritzzi voy a correr el riesgo de que la quieras para ti.

—He hablado como debía hacerlo, y es inútil que trates de convencerme.

—Pero...

—¡No hay "pero" que valga! ¡Hemos terminado de hablar de este asunto!

Johnny, excitadísimo, se alejó de su padre, y, al hallarse en la habitación inmediata, desató sus nervios rompiendo cuanto le vino a tiro, arrojándolo violentamente a suelo.

El señor Gonzague y su secretario, quien se había reunido con él, oyeron con el consiguiente estupor, el escándalo que armaba Johnny, y cuando el secretario esperaba que el señor Gonzague iría al encuentro del revoltoso para llamarle enérgicamente al orden, vió que se echaba a reír y exclamaba:

—De tal palo tal astilla... Así era yo cuando tenía sus años.

A poco, imperaba la calma en la casa. El señor Gonzague y su secretario descansaban en sendas habitaciones del viaje, y Johnny, dormía también, pues si bien al meterse en la cama no pudo conciliar el sueño como de costumbre, lo logró cuando, meditando sobre el conflicto que acababa de plantearle su padre, tomó la inquebrantable determinación de rebelarse contra la arbitrariedad de la exigencia paterna.

¡Sí! Aunque tuviera que renunciar al dinero de su padre, Johnny amaría a Fritzzi,

casándose con ella tan pronto como ella quisiera. No cambiaría de opinión.

Fritzi, animada por la feliz circunstancia de que su escapatoria de la noche anterior no había sido descubierta, acudió, aquella noche, a la cervecería-concert Grinzinger, dispuesta a actuar de cantante, de bailarina y de lo que fuera.

Cuando llegó, hallábanse ya en el local, trabajando activamente, sus nuevos amigos, entre ellos el poeta Richter... y su amado Johnny.

El anuncio de que Fritzi Zirsky, hija de Mizzi Staudinger, iba a debutar, para continuar la gloria de su madre, había atraído a numeroso público.

Prueba de ello era que sobre la taquilla se había colgado este cartelito, propio de las grandes solemnidades:

Despachadas todas las localidades

Además, frente a la taquilla se hallaba un gentío enorme, protestando contra aquel anuncio, y no moviéndose de su sitio, encontrando sumamente extraño que todo estuviese agotado, cuando en realidad no había nadie en el jardín.

En efecto, las mesas estaban completamente vacías.

¿Cómo se explicaba aquello?

El empresario nadaba en una mar de confusiones, y viendo que ni a la hora exacta del principio de la función había nadie, no pudo menos de confesar su asombro a Johnny, quien estaba comentando lo mismo con Fritzi.

—Es incomprensible ese vacío... puesto que se han agotado las entradas.

Johnny se dirigió a la taquilla, y al llegar junto a la misma vió a su padre en compañía del secretario.

¿Por qué estaban allí aquellos dos hombres?

Antes de que Johnny pudiera dirigirle la menor pregunta, su padre le dijo, sonriendo, satisfecho de su plan:

—Mira... He adquirido todas las localidades para mi secretario y yo solos.

¡Ah! ¡El señor Gonzague se proponía impedir que Fritzi triunfase, para distanciarla de él, Johnny!

Tranquilamente, sin hacer caso de las protestas del público que pedía a gritos que le dejasen entrar en el jardín, el señor Gon-

zague y su secretario fueron a ocupar una de las mesas.

Johnny, desconcertado, reunióse con Fritzi y el empresario, que le estaban esperando impacientes, y les refirió la venganza que había querido tomarse su padre.



—He adquirido todas las localidades para mi secretario y yo solos.

Fritzi repuso con firmeza:

—Peor para él, porque me niego a actuar. Anunciaremos que estoy indispuesta.

El empresario sudaba tinta china.

—¡Por Dios, condesa!... Si no canta us-

ted, se me exigirá la devolución del importe de las localidades... y Dios sabe dónde para a estas horas.

La situación era muy crítica. El empresario no tenía ya el dinero, pues los acreedores se apresuraron a exigirle el pago de antiguas deudas, antes de hacerle nuevos créditos, y Johnny tampoco nadaba en la abundancia por aquellas fechas, en las que precisamente había esperado un envío de su padre.

Por lo tanto, convenía no dejar vencer al vengativo...

Fritzi era quien podía salvar la apurada situación, y Johnny le suplicó, deseando dar una lección a su padre:

—¡Fritzi, amor mío, canta por mí!

Y fué tan tierna su súplica, la pronunció Johnny de tal manera, que Fritzi no supo negarse.

Actuaría, sí; y lo haría con toda la fe posible.

Fuó a vestirse rápidamente, de un modo estrafalario, pues quería darse a conocer, primero como parodista, y, con las coristas contratadas al efecto, salió a escena, y al desfilarse todas por el jardín, ocurrió algo

insólito: se les reunieron centenares de espectadores surgidos de todas partes, y resonaron estruendosos aplausos en las ramas de los árboles que circundaban el recinto destinado a cervecería-concert.



—¡Fritzi, amor mío, canta por mí!

El señor Gonzague se llevó chasco. El había alquilado todas las mesas, era cierto; pero no las copas de los árboles ni los espacios entre las mesas, que Johnny se encargó de llenar.

Y así fué cómo, ante un inmenso gentío,

debutó Fritzi, alcanzando un resonante triunfo.

El poeta Richter lloraba de emoción y dijo a la linda condesa, que tanto talento



... alcanzando un resonante triunfo.

artístico había revelado en todas sus interpretaciones:

—¡Apoteósico, Fritzi, apoteósico! ¡Y de garantizo que el papel de "vedette" en mi revista "Viena baila", próxima a estrenarse, es suyo!

¡Noche de triunfo! ¡Noche de gloria... y de amor!

¡Mala noche para el señor Gonzagüe!

* * *

A la mañana siguiente, los periódicos dieron la noticia del debut de Fritz, de la siguiente manera:

DEBUT SENSACIONAL

La condesa Fritz, hija de la célebre Mizzi Staudinger, debutó anoche en el Grinzing-Concert, alcanzando un triunfo definitivo.

Los tíos se enteraron de la incalificable osadía de Fritz, y, en ausencia de ésta, dijo la tía a su cónyuge:

—Siempre lo dije... Cabría que tira al monte... Fritz será, como su madre, la deshonra de nuestra casa...

El azar quiso que la aludida estuviera cerca de donde se hallaban sus parientes y que oyese lo que éstos acababan de decir.

Roja de indignación, Fritz presentóse bruscamente ante sus tíos, y, resuelta a todo, les dijo:

—¡Lo que acabo de oír rebasa todos los límites, y me marchó!

Y aprovechando la sorpresa de sus tíos, que no la creían capaz de tomar tan grave

resolución, Fritz lió su maleta para marcharse.

Simultáneamente, en el palacio de los Gonzagüe, el secretario decía al padre de Johnny:

—¿No buscaba usted un motivo para alejar a su hijo de Viena?

—Sí...

—Pues, hélo aquí: mándele a investigar las causas de la inundación de las propiedades de Hamilton.

Y le dió a leer la siguiente noticia que publicaban también los periódicos de la mañana:

HAMILTON INUNDADO

Centenares de granjas desaparecidas

Todas las cosechas perdidas.

Calcúlase en muchos millones las pérdidas.

—¡Pero...—repuso el señor Gonzagüe— el Hamilton inundado está situado en Nevada, y mis propiedades radican en Texas!

El secretario sonrió.

—Afortunadamente es así; pero antes de que Johnny se dé cuenta de ello, usted ha-

brá tenido tiempo de poner fin a sus amores con la condesa Fritzi.

El señor Gonzague comprendió, encantado.

—¿Amigo mío, es usted un hombre de talento, casi un genio!

—¡Muchas gracias!

Y los dos hombres se pusieron de acuerdo para el éxito completo de su mala pasada a Johnny.

Un poco después, el señor Gonzague llamaba a su hijo y, fingiendo como un consumado comediante, le habló de esta suerte:

—Hijo mío, mi salud no es muy sólida desde hace algún tiempo y he pensado mandarte en mi nombre a Hamilton para inspeccionar nuestros terrenos en peligro.

—¿Tan urgente e inaplazable es ese viaje, padre?

—Sí, hijo mío... Lee estas noticias y verás que no hay tiempo que perder.

Johnny se tragó el anzuelo y prometió obedecer a su deudo en tan apurada situación. No podía negarse. Se trataba de importantes intereses.

Su partida estaba dispuesta para aquel mismo día, pero antes de marchar, trató de

ver a Fritzi, y como quiera que ésta se marchó de casa de sus tíos, no pudo dar con ella, ignorando siquiera que se hubiese separado de ellos, pues éstos se negaron a recibirle y a hablarle de su sobrina.



—¿Tan urgente e inaplazable es ese viaje, padre?

Suponiendo que lo que hacían los despiadados tíos era negarle que Fritzi estuviera en aquellos momentos en la casa, Johnny, no pudiendo demorar su viaje, mandó una carta, dirigida al palacio, en la creencia de

que, al recibirla, el criado cuidaría de entregársela personalmente.

Dicha carta decía así:

Adorada Fritzzi:

Un asunto urgente me obliga a volver a América.

He tratado de verte, pero todos mis esfuerzos por conseguirlo han resultado estériles.

Salgo hoy mismo, y volveré pronto.

El afán de mixarme en tus ojos, precipitará mi regreso.

Tuyo,

Johnny.

Pero esta carta no llegó a destino, y Fritzzi, desamparada, pensó en la hidalguía del cancionero vienés, a cuyo domicilio se dirigió.

Richter ocupaba un modesto pisito donde de todo había un poco, menos orden.

Al ver a Fritzzi, el poeta comprendió que le ocurría algo desagradable, y se puso a sus órdenes, orgulloso de poder serle útil. Ofrecióle tratarla como un padre, y le entregó las llaves del piso, constituyéndola en dueña y señora.

Y aquella noche, los periódicos publicaron otra gran noticia:

ACONTECIMIENTO ARTISTICO

La bella condesa Fritzzi Zirskey ha sido contratada para actuar de "vedette" en la nueva revista "Viena baila".

* * *

Unos días después, al regresar a su casa, que no parecía la misma de antes, desde que la mano de una mujer cuidaba de todas las cosas, el poeta Richter dijo a Fritzzi, quien demostraba de un modo adorable que lo mismo servía para un barrido que para un fregado:

—La llaman al palacio Gonzague, para un asunto que, al parecer, le interesa a usted mucho.

Fritzzi, que había llegado a creer que Johnny, obedeciendo a su padre, no la vería más, dió abrigo a nuevas esperanzas, y apresuróse a trasladarse al palacio de los Gonzague.

Al llegar, preguntó al secretario del señor Gonzague por Johnny... pero fué recibida por el padre, quien, a guisa de saludo, le dijo:

—Creía usted que la llamaba mi hijo, ¿verdad? Johnny está camino de América.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted, señor? ¿Que Johnny se ha marchado de Viena?

—Sí. No la extraña. Le he persuadido



Ofreció tratarla como un padre...

de que lo que le interesaba a usted de él era su dinero.

—¡Oh, señor! Usted...

—Calma, señorita... Considero que le debo a usted una compensación, y creo que esta cantidad...

Fritzi se moría de dolor y de vergüenza,

y con gran energía replicó al señor Gonzague.

—Guárdese su dinero, señor. Nada podría compensarme la afrenta que acaba usted de inferirme.

Y marchó de aquel palacio con dignidad de reina.

En tanto, rumbo a Hamilton, Johnny, hablando con unos compañeros de viaje, en una de las escalas del trayecto, les decía:

—Mi viaje a Texas obedece a las inundaciones de Hamilton. Voy a ver cómo están mis propiedades.

Uno de los citados compañeros de viaje había escuchado atentamente a Johnny, y cuando éste terminó sus explicaciones, pronunció:

—Sufre usted una confusión, joven. El Hamilton inundado está situado en Nevada.

—No lo crea usted, señor...

—Estoy seguro de ello...

—¡Fíjese si mi padre sabrá dónde poseer sus propiedades, si en Nevada o en Texas, y si están inundadas!

Pero de súbito, la luz se hizo en la mente de Johnny.

¿No habría querido su padre alejarlo de Fritzi para evitar la continuación de sus amores?

¡Era de temer!

Esta idea se fué apoderando de tal modo de él, que, aceptándola como infalible, resolvió regresar inmediatamente a Viena, prefiriendo el amor de Fritzi a todo lo del mundo.

Y Johnny llegó a Viena el mismo día del debut de Fritzi en un gran teatro, como "vedette" en la revista de Richter, "Viena baila".

Atraídos por la propaganda de la prensa, los tíos de Fritzi ocupaban un palco, y el padre de Johnny, con el secretario, otro.

La concurrencia era selecta y de reconocido buen gusto. Si Fritzi triunfaba aquella noche, su carrera estaba hecha.

Apenas salió a escena Fritzi, se apoderó del ánimo de los espectadores, por su deslumbrante "toilette" y su simpatía personal.

De un modo exquisito interpretó, como si relatase la historia de la danza, los si-

guientes bailes, adaptando su vestimenta al ambiente de cada uno de ellos, sin moverse del escenario, lo cual no dejó de causar sensación, por la novedad de transformar una "toilette" en varias "toilettes" sin des-



... el "black-bottom"...

rudarse, sino cambiando o añadiendo adornos: la gavota, del tiempo de nuestros abuelos, el cancan, tal como se bailaba antaño en el "Moulin Rouge", de París; el "black-bottom", importación americana, y finalmente, el vals... el baile del amor.

El público se entregó entusiasmado a la eminente bailarina, bajo la influencia del armonioso vals, la danza incomparable, el baile eternamente joven y que remoja a los viejos; y en tan poéticos momentos se hizo un milagro: los tíos de Fritzi lloraban, deseando hacerse perdonar de su sobrina.

Johnny, no pudiendo resistir más el deseo de estrechar contra su corazón a Fritzi, saltó al escenario, y se apoderó de ella, continuando juntos el baile, cual si aquello fuese una sorpresa reservada al público, como fin del espectáculo.

Mientras los jóvenes bailaban murmurándose frases de amor, el señor Gonzague sonreía.

Al ver a su hijo, tuvo la intención de obligarle a obedecerle; pero aquel vals lo venció.

Y, desaparecidas todas las dificultades, unos días después, Fritzi y Johnny, recién casados, emprendían rápido vuelo hacia la luna... la luna de miel.

F I N

E. B.

